



MENDES

A VIDA
LEGRE

PQ2359

.M5

V5



1020026675



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA VIDA ALEGRE



CC
Núm. Clas. 14538
Núm. Autor 30539
Núm. Adq. -8-
Procedencia _____
Precio _____
Fecha 1949
Clasific. _____
Catalogo _____

CATULLE MENDES

LA
VIDA ALEGRE

VERSIÓN CASTELLANA

DE

JOAQUÍN E. ROMERO

CON UN PRÓLOGO

de

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO MARTÍNEZ"

MADRID

1625 MONTERREY, MEXICO

EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ

Calle del Olmo, núm. 4.

1890

099795

30539

PQ 2359

M5

VS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Derechos reservados.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Una necesidad puramente de confección, me ha obligado á colocar después de los preciosos artículos de Catulo Méndez unos cuantos míos, aunque me he resistido mucho antes de hacerlo.

Me interesa ante todo, dejar aquí consignado, que yo no he tenido, ni tengo, ni creo que tendré nunca la osada pretensión de poner mi firma obscura, humilde y modesta, al lado de la de un escritor tan notable y reputado como el autor de esta obra.

Dichas estas cuatro palabras en descargo de mi conciencia, dejo el puesto á mi querido amigo y maestro D. Antonio Sánchez Pérez, que, con una bondad sin límites, que yo le agradezco con toda mi alma, ha accedido de buen grado á servirme de hombre bueno, escribiéndome el siguiente prólogo.

J. E. ROMERO.



CUASI-PRÓLOGO

Odio el prólogo y compadezco al prologoísta. Y esta compasión y aquel aborrecimiento suben de punto, como es lógico, cuando contra toda mi voluntad y contra mis propósitos más firmes, he de ser yo el objeto de una y de otro; he de sacar un prólogo (ó cosa así) de mi cabeza; he de verme convertido, sin comerlo ni beberlo, en prologoísta.

Pero *sic fata voluerunt*, como dijo el otro, (ó como dijeron los otros, porque eso lo ha dicho muchísima gente); así lo quiso mi buen amigo y compañero de oficio, y hasta creo que correligionario—si bien de esto último

no estoy muy seguro—el Sr. D. Joaquín Esteban Romero, redactor de *La República*, el cual D. Joaquín ha tenido la desdichadísima ocurrencia de pedirme un prólogo (ó lo que fuere) para una colección de cuentos de Cautulo Méndez, que el susodicho D. Joaquín Esteban ha vertido á nuestro idioma. Ni he leído aún los cuentos, ni conozco la traducción todavía; pero me atrevería á jurar que los cuentos son buenos y que la traducción es primorosa; si leen ustedes el libro, ¿y qué han de hacer sino leerlo? ya verán como no estoy equivocado.

En esto de los prólogos—á mi juicio, añadidas estrambóticas de todo en todo innecesarias—hay casi siempre, y aun estoy por suprimir el casi, arrogancia por parte del prologuista, vanidad por parte del *prologado* (si vale la palabra, que me parece que no vale para esto). El prologuista viene á decir al lector, remedando al famoso D. Hermógenes, de *El Café*, «Ya ve usted si yo sé algo. Digo, me parece que pocos habrá... etcétera», y cuenta después si ha escrito ó no ha escrito siete prolusiones greco-latinas so-

bre los puntos más delicados del Derecho, y si ha querido ó no ha querido ser dómine de Pioz, para llegar, por fin de cuenta, á decir que el autor, cuyas son las páginas que siguen, es un portento de sabiduría y un prodigio de entendimiento y una maravilla de aplicación, y que será un *acéfalo insipiente* el follón malandrín que así no le reconozca y propale.

El autor se regodea y se baña en agua de rosas, contemplándose ya en las alturas, merced á los elogios y plácemes de un señor, de tanta principalía y de tal empingorotamiento.

Paréceme ocioso decir, que esto se refiere única y exclusivamente á los que, de buena gana, se prestan á escribir prólogos; y aun se brindan á ello, sin que se lo haya pedido nadie; y hasta solicitan con insistencia prologar éste ó el otro libro; pero no á quien, como dijo el poeta, *inocente en paz vivía*, y se ve, cuando menos lo espera, agredido por un su amigo del alma, un su compañero, al cual ni sabe, ni puede, ni quiere negar nada (dentro de ciertos límites, por supuesto), que

le pide un prólogo... ¡Ah! comprendo perfectamente la situación; y la conozo *ainda*, por experiencia; y porque la conozco y porque la comprendo no he pedido nunca, ni pediré, mientras Dios sea servido de conservarme el juicio sano, un prólogo, para libro propio, y—es claro—ni para libro ajeno. Ni perdonaré nunca á mi buen amigo D. Joaquín el apuro en que me ha colocado con su petición. De sobra se me alcanza, y me apresuro á manifestarlo así á los lectores, que él no lo ha hecho á mal hacer, ni ha procedido obedeciendo á los impulsos de esa vanidad pueril de que antes he hablado. No; el traductor no buscaba, ya lo sé, y de muy buena tinta, esos elogios y esos plácemes con que los prologuistas suelen hacer el relleno de sus trabajos de pie forzado; y en cuanto á mí, juro y perjuro que no he aceptado (muy á disgusto y muy á regañadientes por cierto) el encargo, por darme el gustazo de ejercer de prócer literario ni echármelas de padre maestro. No; en este *caso concreto*, el Sr. Romero y un humilde servidor de ustedes, somos verdaderas excepciones de la regla gene-

ral. El Sr. Romero apenas se llama Pedro en este libro, en el que hay muy contados trabajos suyos; y yo ni siquiera Pedro me llamo en este punto de críticas literarias. Lo cual digo y proclamo (aunque se enoje conmigo mi querido buen amigo *Clarín*), porque así es verdad.

«Y quien dijere lo contrario miente».

Lo ocurrido en esta ocasión ha sido lo siguiente: el libro del celebrado *Catulo Méndez*, cuyo nombre de fijo conocen todos los lectores de estas líneas, publicado á la francesa, tiene muchos blancos y muchísimas regletas, y... vamos... que en él es papel casi todo. Como los lectores españoles nos pagamos menos de esos lujos y pedimos algo más de lectura en los libros, el tomo resultaba corto y fué absolutamente necesario, para darle las dimensiones ordinarias, agregarle un puño y una contera; del puño me encargué yo, y ya lo tienen ustedes casi concluído; la contera se la puso el Sr. Romero, escribiendo unos cuentecitos que agregó á la colección. ¿Significa esto que yo haya pretendido presentar á los lectores españoles el libro de

Catulo Méndez? ¡Qué desatino! Yo me he limitado á levantar la cortina para anunciar la llegada del traductor.

¿Quiére decir lo otro que Romero, discretísimo y modesto, á fuer de discreto como es él, pretenda codearse y hombrear con Catulo Méndez?

Nada de eso. El se ha contentado con traducir, bien que seguro y cuando exigencias naturales de la publicación le han colocado en el duro trance de agregar algunas páginas, ha procurado poner en ellas algo del modelo y acá para *inter nos*, me parece que lo ha conseguido.

Y dicho lo dicho y hecho lo hecho, tengo para mí que nada me queda por decir, ni por hacer, en lo que se relaciona con estos menesteres de prologar. No es cosa de que yo vaya á contar á ustedes cómo se titulan los cuentos contenidos en este tomo, y de qué tratan; de lo primero podrán ustedes enterarse viendo el índice, y de lo segundo leyendo los cuentos, cuya lectura—yo se lo fio—ha de proporcionarles más deleite y mayor contentamiento que desagrado

y molestias le haya causado la de estas *cortas líneas*, á las que pongo término aquí, besando los pies y las manos, según los sexos, á los que las hubieren leído.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
JUN 16 1925 MONTEZ, MEXICO

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
ADVERTENCIA PRELIMINAR.....	v
CUASI-PRÓLOGO.....	vii
I. La pedigüña.....	1
II. Avaricia.....	5
III. Coquelicotine.....	11
IV. Cálculos del amor.....	15
V. El milagro.....	19
VI. La pajarita, la perla y la rosa.....	25
VII. Enfado vencido.....	29
VIII. Medida por medida.....	33
IX. La gratitud.....	37
X. Entre vecinos.....	43
XI. El único nombre.....	45
XII. Noche de tempestad.....	49
XIII. La lección.....	53
XIV. La estrella dichosa.....	57
XV. Efectos del beso.....	61
XVI. Junto á un sepulcro.....	65
XVII. El jugador honrado.....	69
XVIII. Mi dulce amante.....	73
XIX. El amor al recuerdo.....	81
XX. Metempsicosis.....	85
XXI. El amante incendiario.....	91
XXII. El luis de oro, la alhaja y la estrella.....	97

	<u>Páginas.</u>
XXIII. Querella con una rosa.....	103
XXIV. La flor que tiembla.....	109
XXV. Tu nombre.....	113
XXVI. Justo castigo.....	117
XXVII. La que fué morena.....	123
XXVIII. Las solitarias.....	129
XXIX. La limosna.....	141
XXX. La mosca de oro.....	157
XXXI. Justicia del amor.....	163
XXXII. El Angel de la guarda.....	169
ARTÍCULOS POR JOAQUÍN E. ROMERO.	
I. ¡Cobardel.....	183
II. Juramentos de amor.....	191
III. Desilusión.....	199
IV. ¡El éxito!..	207
V. La tarjeta.....	217



LA PEDIGÜEÑA



I

CERCA de media noche: en la penumbra; la puerta que separa ambos departamentos, permanece cerrada; las dos amiguitas son muy pudorosas, y como están en camisa delante del espejo, no quieren fiscalizar sus mutuas acciones, así es que ellas sólo perciben el suave y caluroso perfume que se desprende de sus cuerpos de nieve y rosa.